

VIII CERTAMEN LITERARIO DE SER MADRID SUR

SER ÉPICOS

·historias de elfos y dragones·

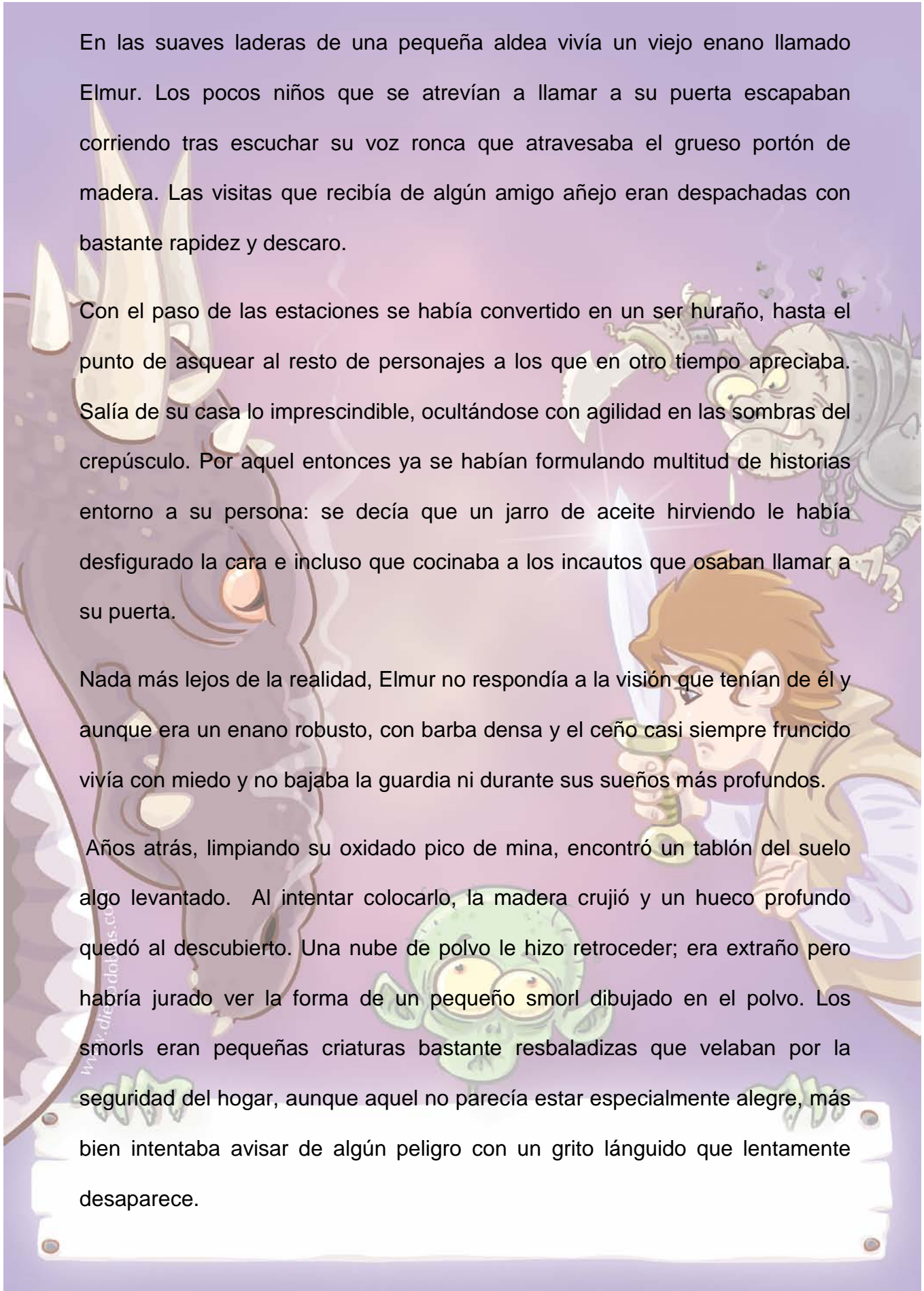
Primer Premio
Categoría Juvenil
por cortesía de:



75 años de
EL HOBBIT



"elmur y wolf"
héctor guedeja

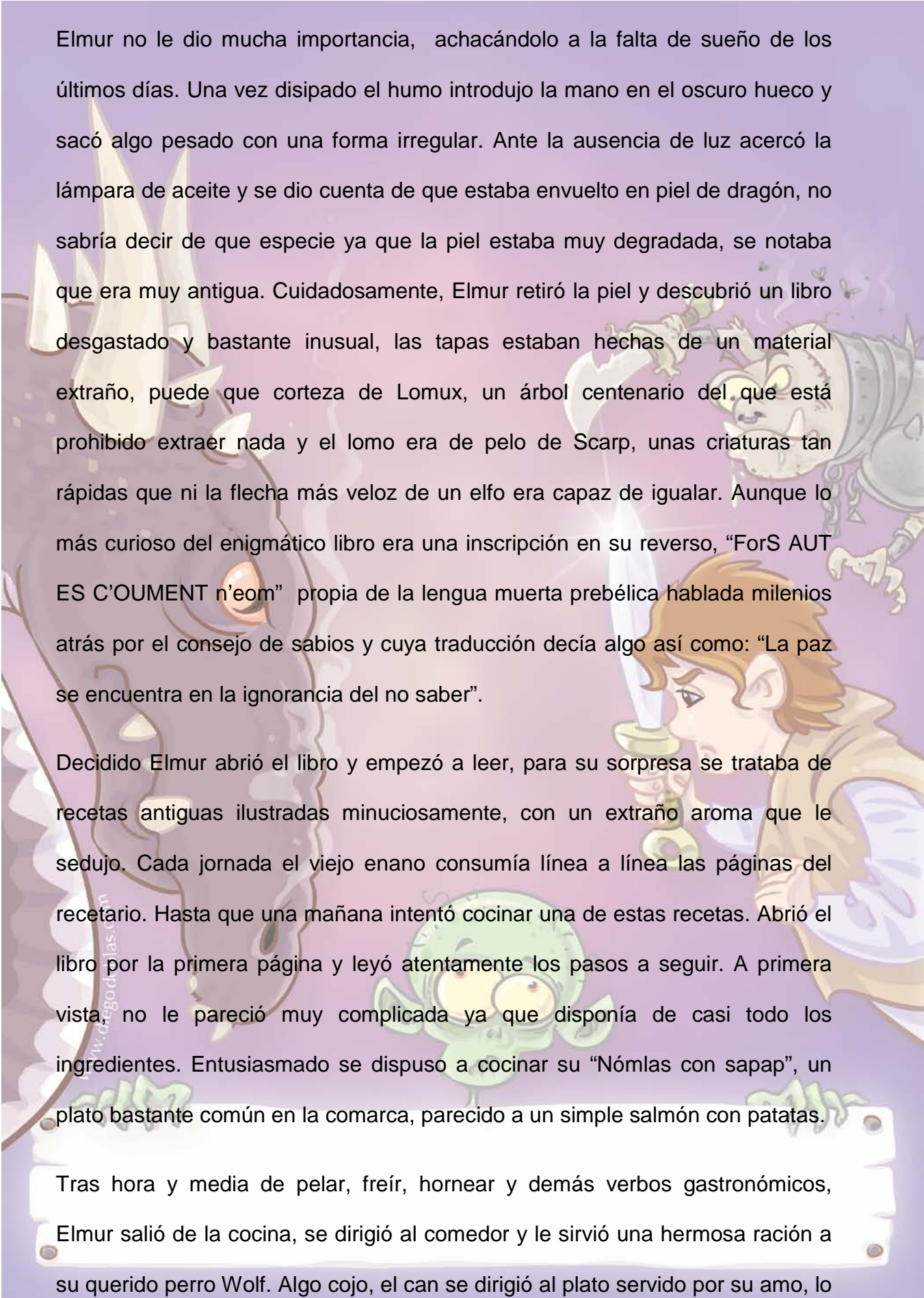


En las suaves laderas de una pequeña aldea vivía un viejo enano llamado Elmur. Los pocos niños que se atrevían a llamar a su puerta escapaban corriendo tras escuchar su voz ronca que atravesaba el grueso portón de madera. Las visitas que recibía de algún amigo añejo eran despachadas con bastante rapidez y descaro.

Con el paso de las estaciones se había convertido en un ser huraño, hasta el punto de asquear al resto de personajes a los que en otro tiempo apreciaba. Salía de su casa lo imprescindible, ocultándose con agilidad en las sombras del crepúsculo. Por aquel entonces ya se habían formulado multitud de historias entorno a su persona: se decía que un jarro de aceite hirviendo le había desfigurado la cara e incluso que cocinaba a los incautos que osaban llamar a su puerta.

Nada más lejos de la realidad, Elmur no respondía a la visión que tenían de él y aunque era un enano robusto, con barba densa y el ceño casi siempre fruncido vivía con miedo y no bajaba la guardia ni durante sus sueños más profundos.

Años atrás, limpiando su oxidado pico de mina, encontró un tablón del suelo algo levantado. Al intentar colocarlo, la madera crujió y un hueco profundo quedó al descubierto. Una nube de polvo le hizo retroceder; era extraño pero habría jurado ver la forma de un pequeño smorl dibujado en el polvo. Los smorls eran pequeñas criaturas bastante resbaladizas que velaban por la seguridad del hogar, aunque aquel no parecía estar especialmente alegre, más bien intentaba avisar de algún peligro con un grito lánguido que lentamente desaparece.



Elmur no le dio mucha importancia, achacándolo a la falta de sueño de los últimos días. Una vez disipado el humo introdujo la mano en el oscuro hueco y sacó algo pesado con una forma irregular. Ante la ausencia de luz acercó la lámpara de aceite y se dio cuenta de que estaba envuelto en piel de dragón, no sabría decir de que especie ya que la piel estaba muy degradada, se notaba que era muy antigua. Cuidadosamente, Elmur retiró la piel y descubrió un libro desgastado y bastante inusual, las tapas estaban hechas de un material extraño, puede que corteza de Lomux, un árbol centenario del que está prohibido extraer nada y el lomo era de pelo de Scarp, unas criaturas tan rápidas que ni la flecha más veloz de un elfo era capaz de igualar. Aunque lo más curioso del enigmático libro era una inscripción en su reverso, “ForS AUT ES C’OUMENT n’eom” propia de la lengua muerta prebélica hablada milenios atrás por el consejo de sabios y cuya traducción decía algo así como: “La paz se encuentra en la ignorancia del no saber”.

Decidido Elmur abrió el libro y empezó a leer, para su sorpresa se trataba de recetas antiguas ilustradas minuciosamente, con un extraño aroma que le sedujo. Cada jornada el viejo enano consumía línea a línea las páginas del recetario. Hasta que una mañana intentó cocinar una de estas recetas. Abrió el libro por la primera página y leyó atentamente los pasos a seguir. A primera vista, no le pareció muy complicada ya que disponía de casi todo los ingredientes. Entusiasmado se dispuso a cocinar su “Nómlas con sapa”, un plato bastante común en la comarca, parecido a un simple salmón con patatas.

Tras hora y media de pelar, freír, hornear y demás verbos gastronómicos, Elmur salió de la cocina, se dirigió al comedor y le sirvió una hermosa ración a su querido perro Wolf. Algo cojo, el can se dirigió al plato servido por su amo, lo

olisqueó y empezó a comer con fervor. Una sonrisa se dibujó en la cara del cansado enano que acto seguido se sirvió y empezó a devorar su menú.

Día tras día, receta tras receta, Wolf probaba cada plato cocinado por su dueño. Cada vez se le veía más contento pero también más pesado hasta el punto de pasar la jornada contemplando las pelusas de la alfombra. Hasta no hace mucho solía ladrar a los transeúntes que pasaban por el camino, ahora, como mucho, se inclinaba hacia un lado y soltaba una olorosa ventosidad. Algo que no parecía importar a Elmur cada vez más desquiciado con el recetario. Con cada página la dificultad del plato aumentaba y los ingredientes eran más y más inverosímiles e inusuales. En una de las últimas recetas había tenido que usar un mechón de su propio pelo atendiendo a una de las fórmulas del apreciado manuscrito.

Consumido, el anciano vivía por y para el libro, tal era su devoción que en las últimas semanas no había dormido más de dos horas seguidas, intentando hallar el sabor perfecto y encontrar los ingredientes que le traían desde las regiones más remotas del mundo. El intenso olor corporal que desprendía por el descuido de su higiene personal era contrarrestado con un aderezo de especias bastante fuertes que se untaba cada mañana por el cuerpo.

Ya quedaban pocos platos para terminar el libro, aunque el peculiar cocinero se había estancado en uno de ellos y esto le frustraba. No conseguía que el resultado no fuese vomitivo, algunos de sus ingredientes eran:

-Cuerno de onir

-Dos piernas de otirbac

-Ortigas del Tsereve

-Y algo a lo que se tenga aprecio

Elmur lo había intentado todo. Le había echado un viejo manuscrito, sus calcetines favoritos e incluso una tinta muy especial con la que le gustaba escribir de vez en cuando. Solo había conseguido un terrible dolor de estómago y un extraño color en la boca que le duró varios días.

Convencido de que debía ser algo más valioso, se dirigió a su mesita de noche, cogió con sumo cuidado el reloj que le había regalado su padre y dubitativo lo echó a la olla. Después de no mucho, salió como cada mañana de la cocina y le sirvió una abundante cantidad a Wolf que olisqueó el plato con especial ahínco; ya había tenido bastante con el calcetín y su extraña lengua ahora morada. Aunque para la sorpresa de ambos el plato era de una sutileza y sabor indescriptibles. Tal era su calidad, que el perro repitió hasta tres veces quedando bocarriba en el suelo, extasiado. Se quedó dormido profundamente, aunque de vez en cuando se relamía el hocico con su morada lengua, recordando la deliciosa comida.

Por fin llegó el gran día, y con él la última receta. El pobre enano estaba irreconocible, sus ojos eran cuevas oscuras pronunciadas por las ojeras de varios meses sin dormir, su barba densa había pasado a tener grumos, manchada con multitud de especias, cáscaras y otros restos. Apenas el viejo perro le reconocía, ya sea por la falta de sueño o por el gran afán convertido en obsesión con el libro. Consumido, ya casi no hablaba, susurraba y se dedicaba a ir de un lado a otro de la casa hipnotizado como si fuera víctima de un extraño hechizo.

No le quedaban efectos personales de valor, uno a uno el libro se los había ido llevando a modo de sacrificio. Aunque eso ahora daba igual, después de tanto tiempo el anciano iba a conseguir lo que añoraba, acabar el libro.

Esta última receta no fue como ninguna de las anteriores, el enano estuvo más de un día preparando el *Plato* de platos sin salir ni una sola vez de la cocina. Algo inexplicable para su desgastada vejiga y comprensible por su gran tozudez característica de los enanos.

Sea como fuere, el desgastado enano o lo que quedaba de él, salió extasiado de la cocina como quien sale del agua tras haber estado al borde de la asfixia. Con paso lento, se dirigió al salón donde sirvió dos raciones. Acto seguido llamó a Wolf para que probara su obra maestra. Ante la falta de respuesta, decidió volver a llamarlo pero de un modo más enfático y, tras unos instantes de espera, el enano calló en la cuenta de que el perro se habría quedado dormido en algún rincón de la casa. Aunque le hubiera gustado disfrutar con él de su creación, el plato se quedaba frío por momentos.

Elmur decidido cogió el plato, como quien sujeta la delicada cabeza de un recién nacido y hundió la cuchara en él. Al introducirla en su boca una sinfonía de sabores resonaba a modo de canon en su paladar y una lágrima se deslizó por la desgastada cara del anciano. Con cada cucharada el sabor era distinto, en la anterior había sido como si de un bosque florecido se tratara, ahora sabía a mar en calma, otra nueva cucharada despertó la sensación de un fuego cálido dentro de él. De nuevo repitió la acción esperando otra extraña emoción pero al meter la cuchara en su boca sintió algo sólido que no pudo masticar, algo insípido y frío. Contrariado lo escupió en su mano y descubrió que era un

trozo de metal. Inmediatamente su rostro tornó a un estado de seriedad absoluta y tras darle la vuelta advirtió que era la chapa de Wolf.

El plato cayó al suelo destruyéndose en multitud de pedazos y el guiso formó una gran mancha en el suelo. Entre sollozos el enano se dirigió a la cocina donde se encontraba el diabólico libro y leyó con terror el nombre de la receta “Réquiem de nac”. Si quedaba alguna esperanza, murió con aquella línea que confirmaba las sospechas más profundas del pobre anciano.

Destrozado Elmur cogió el libro y lo echó a la lumbre contemplando, con odio y pena al mismo tiempo, como se calcinaba. La gran cacerola donde se encontraba el guiso fue derramada en el jardín donde poco después brotó un pequeño arbusto.

Elmur ya no cocina. Recoge frutas silvestres y los restos que la gente de la Aldea le deja en el umbral de su casa. Tan solo se preocupa de regar, podar y mantener el árbol con el que aviva el recuerdo de su querido amigo. Algunos días, en el ocaso, entre las ramas brilla un reflejo metálico con el nombre de Wolf.